

La noche de El Ansia*

MAURICIO LIST REYES**

The night of El Ansia. *The ethnography of the nightclub El Ansia explores a recreational place in southern Mexico City, with a high symbolic density for gays. This group has made this place theirs as a site for sociability, to meet other people and to start relationships. This ethnography shows the dynamics, language and interactions that take place within a gay environment that allows the recreation of an identity based on sexual preference.*

Key words: *gays, gay cultural consume, gay interaction.*

En el presente artículo hemos querido mostrar cómo es que en el contexto de la ciudad se han construido espacios para la socialidad gay. De manera particular, aquí elaboramos un texto etnográfico de *El Ansia*, una discoteca que ha permanecido abierta a lo largo de varios años, convirtiéndose en una de las pocas ofertas de este tipo que existen al sur del Distrito Federal. Así, este texto reflexiona en torno a este sitio de diversión como *lugar antropológico*, que permite la reproducción de muchos elementos culturales, que refuerzan la construcción de una identidad cuyo fundamento es la relación erótico-afectiva entre personas del mismo sexo. El trabajo etnográfico, realizado en el marco del Seminario Permanente de Cultura y Ciudad, fue llevado a cabo durante varios meses a finales de 1997.¹

La ciudad

La Ciudad de México actualmente tiene una fisonomía múltiple y cambiante. Las zonas tradicionales se des-

dibujan, el centro se mueve y los espacios de la ciudad crean su propia trascendencia social. Cada zona de la ciudad se diferencia de las demás en razón de sus particularidades, que están vinculadas con la manera en que la gente vive y se apropia del lugar.

La Ciudad de México ha tenido un crecimiento y una urbanización desordenada. La periferia se pobló rápidamente con la gran cantidad de migrantes que se asentaron en lo que ahora conocemos como Ciudad Nezahualcóyotl, Valle de Chalco, Ecatepec, entre otras zonas, mientras que una parte significativa de las clases medias se asentó en Ciudad Satélite y hace muy poco en la zona de Cuajimalpa. Este crecimiento poblacional no sólo creó una variedad de conflictos debido a la insuficiente infraestructura urbana, sino que además ha llevado a incorporar una serie de elementos culturales que cada uno de los grupos sociales ha refuncionalizado para poder vivir en ella.

Con el desarrollo urbano, las periferias han estado en continua transformación. El desarrollo de los servicios, la red de transporte público, entre otras cosas,

* Artículo recibido el 30/04/02 y aceptado el 13/06/02.

** Profesor-Investigador del Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: maurilist@yahoo.com.mx.

¹ De esta actividad etnográfica realizada como equipo de investigación y financiada parcialmente por la Dirección General de Culturas Populares se elaboró el libro titulado *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una*

han propiciado que las diferentes clases que se apropiaban de esos espacios también lo perciban de manera diferente.

La ciudad, ha adoptado diversas maneras de articularse. Si bien hace dos décadas la gente se desplazaba al *centro* para ir de compras, hoy en día ese *centro* se ha multiplicado y diversificado. Las plazas comerciales proliferaron en diversos rumbos de la ciudad y con ellas una nueva oferta de esparcimiento. Si antes las personas, sobre todo las de clase media, solían asistir a las zonas comerciales a “ver los aparadores” en el paseo familiar, hoy los centros comerciales han incorporado para ellos salas cinematográficas, sitios de video-juegos, bares y cafés con variedad, áreas públicas para exposiciones, y así han revitalizado sus espacios.

Esto ha llevado a que la ciudad tenga una fragmentación múltiple, en la que los diversos consumos determinan la manera en que se establecen una serie de relaciones sociales, donde las actividades cotidianas marcan fronteras entre los diversos rumbos de la Ciudad de México.

Cada zona y cada sitio establecen su marca distintiva directamente relacionada con los diferentes consumos de las diversas clases. Se han ido constituyendo nuevas formas de segregación social que ya no tienen tanto que ver con los espacios urbanos, sino que actúan con la lógica de la producción y el consumo en general y particularmente con el cultural y simbólico. De ahí que García Canclini afirme: “Pero no se necesita ser migrante indígena para experimentar la parcialidad de la propia lengua y vivir sólo fragmentos de la propia ciudad” (García Canclini, 1995: 60).

Por mencionar sólo algunos ejemplos de esta fragmentación, la Alameda Central es sitio de las clases sociales más bajas en donde se ven familias, grupos de hombres y de mujeres y también mixtos, parejas y homosexuales que se han apropiado de una de sus esquinas donde regularmente interactúan. Plaza Santa Fe, en contraste, ha sido apropiada por sectores medios y grupos económicamente más acomodados. ¿Qué implica esta apropiación? entre otras cosas, que la fisonomía que adquieren estos sitios se da por el consumo de los sectores sociales, cada uno de ellos lo caracteriza y no da cabida a otros consumos diferentes. “Del mismo modo, el consumo es visto no como la mera posesión individual de objetos aislados sino como la apropiación colectiva, en relaciones de solidaridad y distinción con otros, de bienes que dan satisfacciones biológicas y simbólicas, que sirven para enviar y recibir mensajes” (García Canclini, 1995: 53).

Aunado a lo anterior, se ha producido una distribución inequitativa del equipamiento cultural que se ofrece en la ciudad. Particularmente, la zona comprendida entre el Centro Histórico, en uno de sus vértices, Chapultepec en el segundo y la Ciudad Universitaria cerrando el triángulo, marcan el perímetro donde se ha desarrollado la mayoría de la oferta cultural “clásica”. Además, amplios sectores de la clase media ilustrada han buscado habitar cerca, cuando no en el interior de este perímetro privilegiado por su importante oferta cultural (García Canclini, 1993: 46).

Junto a los cines, teatros, museos y librerías que conforman este circuito cultural han crecido otros sitios que se nutren con mucho del público de estos espacios. Me refiero a restaurantes, tiendas de toda índole y bares, entre otros. Es importante destacar que dentro del mismo perímetro, los sitios de entretenimiento nocturno (discotecas, bares con variedad, centros nocturnos) han proliferado, lo que permite que la convivencia no resulte difícil.

Los espacios públicos transforman su dinámica en los diferentes momentos del día y de la noche, lo cual conlleva una distinta apreciación de los símbolos que exhiben. Las marquesinas de los cabarets, los anuncios luminosos de las discotecas y restaurantes, las largas filas de autos esperando que los reciba el *valet parking*, inclusive los atuendos utilizados durante la noche, hacen que los espacios se visualicen de distinta manera. Igualmente, son diferentes las actitudes y la interacción de los individuos. El estrés provocado por las presiones laborales y económicas se transforma en un estrés caracterizado por las largas filas para estacionar el auto, las aglomeraciones de los sitios nocturnos, la música estridente, la demora para entrar al lugar o para obtener un boleto, una mesa.

El espacio físico y simbólico de cada lugar es diferente. Aunque en ambos exista el sentido lúdico, en el segundo la transgresión es el elemento distintivo, lo que le da sentido a la interacción social que ahí toma lugar.

La vida nocturna de la Ciudad de México cambia de una zona a otra, de una colonia a otra y de una calle a la siguiente. La avenida Insurgentes, sin duda la más importante de la ciudad, es una durante el día y se transforma durante la noche. Al anochecer los individuos se desdibujan en la oscuridad, “de noche todos los gatos son pardos”. Se confunden con las sombras de los árboles, de los postes, se ve el ir y venir de parejas, personas solas, pequeños grupos.

metrópoli, coordinado por Abilio Vergara, Amparo Sevilla y Miguel Ángel Aguilar, y publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Miguel Ángel Porrúa, en 2001.

La ciudad cambia no sólo por su tranquilidad o bullangüería, luminosidad u oscuridad, su seguridad o peligrosidad; también se transforma porque la gente se apropia de diferentes maneras de un barrio, de una calle o de un comercio; de día o de noche; o cuando adquiere un significado, cuando los diversos sitios de reunión adoptan una densidad simbólica para una persona o grupo de personas.²

A pesar de la tendencia generalizada de acudir con menos frecuencia a diversiones públicas (García Cancini, 1993) y de preferir el consumo de los productos culturales a través de los medios de comunicación masiva, los gays clasemedios van en sentido contrario al acudir asiduamente a una gran variedad de esas diversiones, que incluyen desde ir a una proyección cinematográfica hasta la frecuentación a discotecas gays, pasando por la visita a los museos o por la asistencia a la ópera. Pero existen múltiples matices en este consumo cultural ya que éste, al igual que el de otros sectores sociales, se ve determinado por el capital cultural con que cuenta cada individuo, de manera que ni todos gustan de la noche bohemia, ni todos acceden a los espectáculos que la alta cultura pone en escena en los diversos espacios de la Ciudad de México.

El hecho de preferir actividades extrahogar se debe a que en el núcleo familiar, cuando habita en él, suele ser poco amable o tolerante a toda forma de expresión gay, lo que no necesariamente implica que sea excluyente; por lo tanto, se prefiere la interacción en otros ambientes en los que suele estar presente la pareja y algunas amistades gays. Por otra parte, se ha visto en estudios sobre consumo cultural en la Ciudad de México que los jóvenes, los solteros y las personas con más alto nivel educativo son quienes preferentemente consumen esa oferta cultural que la ciudad proporciona; nosotros podríamos mencionar que, junto a ello, está el hecho de que los individuos gays tienen un alto poder adquisitivo, debido a que sus ingresos económicos no se destinan obligatoriamente a la manutención de una familia y esto les permite acceder más fácilmente a diversiones nocturnas sin la preocupación de atender a una familia. Así, estos grupos tienen un interés común, un gusto compartido, lo que Maffesoli llama una estética compartida (Maffesoli, 1990: 35).

Pero además de aprovechar toda la oferta cultural de la Ciudad de México, muchos gays gustan de asistir a sitios donde la concurrencia sea preponderante o exclusivamente gay, por la misma razón que un hombre heterosexual puede gustar de ir a una cantina donde

esté exclusivamente con heterosexuales o por lo mismo que cualquier pareja de novios puede disfrutar pasear por un jardín, por el simple placer de estar con aquél o aquéllas con quienes desea estar en un momento determinado, porque se siente bien con esa compañía y no requiere de otras personas, que podrían interferir en esta convivencia. Se trata de una oferta muy variada, compuesta fundamentalmente por espacios destinados a funcionar en la noche y circunscritos a bares y discotecas, en donde es posible pasar ese tiempo identificado con lo subversivo, con lo oculto, con lo que transgrede.

En la Ciudad de México, al abrigo de la penumbra, de la oscuridad de la noche, los gays viven esa subversión que la vida diurna limita; caminar de la mano con la pareja por las calles, robarle un beso al compañero, descansar la cabeza en el hombro de quien comparte los sentimientos más íntimos.

La noche tiene una gran trascendencia para los gays que viven en la capital de la República ya que en la vida diurna de estos sujetos, en la que tienen que interactuar fundamentalmente con personas heterosexuales en ámbitos como el trabajo, la escuela, la calle o la familia; las posibilidades de tener una convivencia más cercana con otros hombres gays es menor. Aún durante los fines de semana, o en los tiempos libres, la posibilidad de relacionarse de manera abierta con otros gays en lugares públicos, actuando libre y espontáneamente, es menor, ya sea porque estos sitios no lo permiten o porque los propios individuos se autocensuran.

De hecho, son muy pocos los sitios diurnos exclusivamente gays en la Ciudad de México, donde las parejas puedan estar tranquilamente, donde puedan ir a tomar un café y platicar, a menos que consideremos también espacios y lugares en los que la apropiación por individuos gays y heterosexuales se da indistintamente. Esto, por otra parte, tampoco ha resultado una demanda generalizada por parte de la gente gay, quienes escasamente se han adueñado de los espacios que en algún momento han ofrecido esta posibilidad (fue el caso del ahora desaparecido *Bugambilia*).

De este modo, aún existe una búsqueda de espacios y momentos para esos encuentros, donde ser observado no tenga importancia o donde haya la suficiente intimidad. Esto también limita las posibilidades de convivir con semejantes en situaciones que permitan enriquecer los mecanismos de interacción e interrelación con otros individuos. En particular, los gays tienen formas de reconocimiento mutuo que les permiten

² Estaríamos pensando en la manera en que se construyen los lugares de acuerdo con Augé a diferencia de los no lugares que no cuentan con esa densidad simbólica (Augé, 1993).

comunicarse con otros hombres de una manera no verbal en contextos que no necesariamente son gays.

Por ejemplo, en un transporte público viaja un individuo que de repente ve subir a otro que llama su atención. Lo observa fijamente con una sonrisa apenas dibujada en su rostro, hasta que el otro percibe la mirada y la devuelve directamente a los ojos, sonrío levemente y con un ligero movimiento de cabeza le indica que lo siga. Ambos bajan del transporte y se inicia la conversación que llevará a un encuentro mucho más cercano...

De los cines, los bares, las discotecas, los Sanborns, los Vips, es posible ver salir a un hombre que camina exageradamente despacio y que lanza furtivas miradas sobre su hombro en espera de ser alcanzado por aquel otro joven que, sentado a un lado suyo en el cine, recargaba enfático su rodilla; o aquél que de una mesa a otra le dijo salud con su copa; o ése que estaba mirando una revista pero que con el rabllo del ojo lo observaba. Y, más allá de éstos, se ve salir a las parejas que no se quedaron sólo en miradas, sino que enviaron una copa a la mesa contigua, que en el cine colocaron la mano en la rodilla que no era la propia y quienes saben que este encuentro los llevará a otros espacios y momentos de intimidad.

Además, están aquéllos que ya crearon una relación estable, ya sea que vivan juntos o separados y que también circulan por la ciudad en busca de un sitio de diversión nocturna.

La noche gay tiene múltiples caras. La disco y el bar forman parte de una de ellas, pero también están esas otras facetas que forman parte de la subversión: el ligue callejero, la huida a un hotel de paso, levantar a algún joven atractivo mientras se circula en auto por Reforma, pagar la tarifa impuesta por el joven que ofrece sus atractivos en alguna de las calles de la Zona Rosa. Sin embargo, no sólo es noche de sexo. Están esas noches compuestas por la ida al cine, al teatro, al ballet o a un concierto, para enseguida ir a cenar a alguno de los múltiples restaurantes o taquerías y comentar el espectáculo disfrutado, y aún la noche de los amigos, en la que se reúnen a conversar y/o bailar en casa de alguno que la ofrece a los más íntimos y sus parejas, y en todas estas circulaciones se entretejen y se desdibujan las diferentes tribus gays urbanas (Maffesoli, 1990).

La oferta de espacios de diversión gay en la Ciudad de México tampoco es fortuita, responde a esas posibilidades de acceso que las distintas clases tienen y los intereses y deseos de cada una. Mientras que el Centro Histórico y el oriente de la ciudad han creado espacios a los que acceden principalmente sectores con un capital cultural y simbólico muy escaso, entre los que se

encuentran de manera muy evidente soldados rasos, travestís, prostitutas, etcétera, en la Zona Rosa y colonias aledañas hay una mayor variedad que va desde las clases populares que aspiran lograr un mayor *status*, hasta las clases medias acomodadas. Finalmente, al sur de la ciudad, se han creado últimamente algunas discotecas, que formal y realmente sólo dan acceso a individuos que, al menos por su apariencia, pertenezcan a estos sectores sociales medios.

Uno de estos sitios nos servirá de punto de partida para dar cuenta de algunas formas de socialización dentro del ámbito nocturno gay, en donde se han podido observar los mecanismos de interacción que los individuos gays recrean. Este es un espacio que la clase media emergente y los sectores medianamente acomodados utilizan y prefieren, en contraste con esos otros lugares en donde se dan formas de interacción mucho más ligadas a expresiones en las que el sexo anónimo está presente, en donde la convivencia con otras clases se da cotidianamente y en las que la subversión es más evidente. Por ello, el lugar resulta representativo de los espacios que se crean en la Ciudad de México buscando congregarse a esa clientela ávida de sitios agradables con buen servicio y donde pueda socializar con semejantes.

El entorno nocturno de la disco

En nuestros días, la posibilidad de caminar por la avenida Insurgentes de noche es, por muchas razones, cada vez menor, pero sobre todo por la falta de seguridad que se vive en la ciudad. Las calles, los comercios e incluso la gente es diferente a esta hora. De repente, todos aquellos sitios que durante el día no llaman mayormente la atención, de noche resaltan, totalmente diferentes, gracias a la iluminación. Así, los negocios diurnos pasan a segundo plano, provocando la sensación de que no se estuviera en la misma avenida.

El caminar desde Río Mixcoac, sobre Insurgentes, da la impresión de encontrarse en un sitio diferente al que se recorre de día. El Cinemex Manacar, a las diez de la noche todavía tiene funciones por lo que se ve gente entrar y salir de allí. Por lo mismo, en la acera, aún se encuentra un puesto de dulces abierto. Los parabuses cuya iluminación a estas horas pareciera invitar a sentarse a esperar, como Penélope, a través de grandes carteles promocionales incitan a entrar al cine a ver alguna de las recientes producciones holliwoodenses.

De día ésta es una zona residencial, comercial o de servicios, sin embargo por la noche se vuelve una zona de diversión y esparcimiento, un lugar en donde las

relaciones entre individuos del mismo o diferente sexo tienen una profundidad distinta. Hasta hace pocos años se veía cotidianamente a hombres muy jóvenes, trabajadores sexuales, que se instalaban noche tras noche en la esquina que forman Extremadura e Insurgentes, que podían pasar inadvertidos para mucha gente por su apariencia sencilla, pero cuya actividad nocturna era evidente para vecinos y *conocedores*, hasta que un día desaparecieron de la colonia. Desconocemos las razones, sin embargo, puede haber influido el reclamo de ciertos sectores sociales en el sentido de desaparecer de las zonas residenciales la presencia de trabajadores sexuales (masculinos y femeninos).

Volkswagen, Nissan, Pemex, Potzolcalli y mucha publicidad más complementan el paisaje de la noche urbana al sur de la ciudad: los letreros luminosos de Pronósticos Deportivos durante toda la noche informan acerca de los “maravillosos premios” que puede obtener el jugador del Melate. La multiplicidad de colores de los anuncios comerciales le dan una imagen diferente.

Galerías Insurgentes tiene un enorme reloj en la fachada que fue hecho para ser útil durante el día, por lo que a esta hora es difícil distinguir las manecillas: son las nueve treinta de la noche, buena hora para entrar a la discoteca.



Ésta se ha convertido en zona de contrastes, en ella se alojan casas y escuelas de la derecha más recalci-trante y es además una zona de alta influencia del Partido Acción Nacional, pero también existen sitios de diversión gays. Sin embargo, es evidente que hay ciertas convenciones que se mantienen y es lo que permite esa convivencia. Son acuerdos no siempre tácitos, sino que inclusive, en algunas ocasiones, están plasmados en reglamentos de uso de suelo o de otro tipo, que establecen claramente una serie de disposiciones que los vecinos deben cumplir.

Uno de los acuerdos tácitos se refiere al estrato social de las personas que viven, utilizan o circulan por esta zona, que es preponderantemente la clase media a la que ya nos habíamos referido. Otro aspecto es la sobriedad de los establecimientos ubicados en este rumbo, ya que sin importar si son bares, discotecas u otra clase de lugar, sus fachadas no delatan lo que sucede en su interior, no interesa lo que esto sea, la cuestión es que no se haga público y por tanto no ofenda las buenas conciencias de los vecinos.

En este sentido, en el consumo se genera una cierta distinción: “En sociedades modernas y democráticas, donde no hay superioridad de sangre ni títulos de nobleza, el consumo se vuelve un área fundamental para instaurar y comunicar las diferencias” (García Canclini, 1990: 36).

Hablar de sitios gays al sur de la ciudad no es nuevo. Sin duda la existencia de lugares como El Vaquero o Le Barón son historia vieja en la zona. Quizá podamos hablar de por lo menos unos quince años de vida de éste último. Muchas han sido las razones por las que han permanecido durante tanto tiempo. Por un lado, al encontrarse al sur daban acceso a ciertos sectores que preferían estar en la zona. Por otro, al ser El Vaquero un lugar entre vespertino y nocturno permitía otros momentos de interacción, aunque su clientela fuera fundamentalmente nocturna. En cambio Le Barón permanecía abierto durante toda la noche, hasta las seis o siete de la mañana. Además, estos espacios eran de los pocos que existían en la ciudad.

¿Pero, qué ha pasado en todos estos años con estos sitios y quiénes los frecuentan? La transformación no es sólo de los espacios de encuentro gay, también ha cambiado la percepción que de sí mismos tienen estas personas: del sujeto que se mantenía en un oscuro rincón viviendo su vida como homosexual en un ambiente sórdido, cargado de chantajes,³ se ha convertido ahora en un individuo que se mueve más abiertamente como homosexual y que no tiene que recurrir, si no lo desea,

³ Notable es la mirada de José Joaquín Blanco al respecto en su libro *Púberes Canéforas*, donde describe esa vida de los años setenta y principios de los ochenta donde se empieza a operar una transformación entre los gays en la Ciudad de México.

a la prostitución y a los bajos fondos para tener un encuentro sexual con otros gays. Por otra parte, siguen existiendo esos espacios donde lo sórdido está presente, sin embargo se accede a ellos de otra manera, con una actitud más ligada a una cierta curiosidad y morbo por esos ambientes.

No obstante, la rápida expansión de estos sitios en los últimos años hizo que el público de lugares gays se moviera hacia zonas más céntricas. La Zona Rosa y la colonia Roma se volvieron los puntos de mayor impacto. Durante los noventa, el sur de la ciudad volvió a ser lugar de interés para los gays. El Ángel Azul, Privata y El Ansia se tornaron durante algún tiempo en los espacios de moda en este extremo de la ciudad, pero conservando esa imagen, hasta cierto punto pretenciosa, de territorio *de la gente bien*.

El Ansia se consolidó tras ocho meses de funcionamiento en la zona, convirtiéndose en parte del paisaje de la colonia. Compartir la acera con La Taberna Griega y El Vaquero hace que esta calle se vuelva tránsito para gays diurnos y nocturnos, lo cual no quiere decir que esto sea aceptable en esta zona, se permite básicamente por discreto, porque su presencia no confronta a los vecinos con lo que es interactuar cotidianamente con individuos gays. Se puede tener un conocimiento de su preferencia sexual y ésta no se cuestiona, siempre y cuando no salga de los muros de esos establecimientos.

Por otro lado, la imagen que transmiten los gays que llegan aquí es, en general, una presencia neutra que no delata su preferencia sexual, podemos decir, siguiendo a Goffman, que los individuos *actúan* de una manera particular para evitar entrar en conflicto con el medio social de la zona, lo cual, a pesar de que lo señala para la clase social es posible aplicarlo también a la preferencia sexual de ciertos sujetos

Así cuanto más elevada sea nuestra ubicación en la pirámide de las posiciones, menor ha de ser el número de personas con las que podamos comportarnos con familiaridad, menor el tiempo que pasemos detrás de las bambalinas y mayores las probabilidades de que se nos exija una conducta cortés y decorosa. [A pesar de que sea otra la imagen que proyectan en el interior de un centro de diversión como el que nos referimos aquí.] La solución para este problema está en que el actuante separe a sus auditorios, de tal forma que las personas que lo observan en uno de sus roles no sean las mismas que lo observen en otro (Goffman, 1981: 146).

La calle de Algeciras, en donde se ubica El Ansia, resultaría oscura si no existiera otro negocio que durante parte de la noche conserva las luces encendidas, permitiendo al transeúnte llegar a su destino, sin el peligro de *dar un mal paso* debido a la oscuridad. Los escaparates de una tienda de alta costura acompañan a los asistentes que, como yo, no llegan en coche. Así, de noche, esta discoteca se ve como una presencia fantasmal, en esa oscura calle en la que ningún otro anuncio denuncia la existencia de otro sitio de diversión nocturna.

Su anuncio luminoso tiene junto al nombre una media luna, lo cual inmediatamente hace recordar aquella vieja película de vampiros titulada *El Ansia*, donde se hace alusión a relaciones gay. De ahí que uno espere encontrar en el interior una decoración identificada con esos modelos, que por lo demás han sido ampliamente retomados por muchos jóvenes que comparten lo que se ha dado en llamar lo *dark* y lo *gótico*, sin embargo, no hay tales elementos decorativos. Al preguntar por lo que podría considerarse una cierta incongruencia entre el nombre y la decoración del lugar, el anfitrión responde que, efectivamente, recién inaugurado se pensó en aplicar ese estilo, pero al poco tiempo cambió la administración de la discoteca y “preferimos dedicar esta discoteca a la gente bonita, a la gente bien que ahora nos visita”. No obstante, viendo detenidamente cómo se socializa, se interactúa y cómo se da el consumo cultural en la zona, es poco probable que el público que ha adoptado las propuestas *dark* se desplazara a este sitio y además que el entorno fuera lo suficientemente tolerante para ello.

Por otra parte, la oferta de sitios de diversión nocturna gay en la Ciudad de México está constituida por una serie de espacios que han tratado de atrapar a los clientes que asiduamente recorren la ciudad en busca de diversión y de interacción con otros gays. Así, se han creado discotecas y bares en donde lo sórdido, lo oscuro, es el atractivo y junto a ellos una serie de espacios pretenciosos en los que se resalta la exclusividad del lugar y lo selecto de la clientela, aunque ésta sólo se identifique por un atuendo más o menos cuidado.

En esa taxonomía de sitios de diversión habría que enfatizar, entre otras cosas, el tipo de espectáculos que se ofrecen y los servicios que están disponibles. Entonces, tendríamos desde los sitios que ofrecen la posibilidad de apreciar un *show streeper* o *table dance*, hasta aquellos otros lugares en los que existe cuarto oscuro y donde, por lo tanto, la posibilidad de sexo anónimo está presente.⁴

⁴ Mas allá de la clasificación de sitios que presentamos, habría que hacer una tipología de los que existen en la Ciudad de México. Por ejemplo, algunas guías distinguen entre discos, bares, sitios de encuentro y restaurantes entre los espacios

Podemos decir que El Ansia se encontraría, en esta escala, en el nivel de los lugares pretenciosos a donde acude un sector social que lo que desea es participar de una interacción entre amigos; ligar, aun cuando no encontrará la oportunidad de tener sexo anónimo en el mismo sitio, pero donde sí podrá conocer gente nueva. Es necesario reconocer que este sitio se ha transformado profundamente, en su decoración, en el tipo y cantidad de gente que acude y hasta en el volumen y tipo de música que se escucha.

La Disco

Cuando uno llega a la esquina de la calle donde se encuentra El Ansia es fácil localizarlo, el anuncio luminoso en blanco y negro y el toldo azul rey no pasan desapercibidos. Al acercarme veo a varios hombres conversando a la entrada. Por lo que puedo observar, tres de ellos son los valet parking y los otros dos los cuidadores de la entrada. Uno recibe lustre en sus zapatos mientras platica con sus compañeros. Como en la mayoría de este tipo de establecimientos, está puesta una cadena en el acceso. Uno no sabe cuál podrá ser la actitud del recepcionista, pues en ocasiones, por cualquier oscura razón alega que el sitio está lleno, que hay que hacer reservación o arguye algún otro pretexto para deshacerse de ciertos clientes. Aunque, observando los sistemas de selección que aplican este tipo de lugares, es posible darse cuenta que en general se prefiere dar acceso a las personas que, por su apariencia, pertenecerían a un determinado nivel socioeconómico acorde con el lugar, que es lo que hace de éste un sitio con una imagen aparentemente *exclusiva para la gente bonita*.

La disco no muestra ningún signo o emblema que pudiera asociarse con el tipo de público que recibe, si bien entre la gente gay se sabe que es un lugar creado ex profeso. Al resto de la concurrencia potencial, cuando es necesario, se le informa previamente a la entrada que éste es un sitio gay y así evitar una sorpresa que podría resultar incómoda para unos y para otros.

Sin haber palabras de por medio se me permite la entrada, no sin antes realizar la rutinaria revisión en busca de armas o drogas. Una vez adentro el ambiente es más cordial. El cruzar el umbral de la discoteca rompe y transforma actitudes, modales y convenciones.

Hay un punto de transición marcado por una pequeña estancia, que no tiene una carga o connotación que remita a una cierta preferencia sexual. Aquí, como si de un abrigo se tratara, los individuos se quitan su máscara ambigua que no delata su preferencia sexual, logrando una relajación en la presencia y en la manera de relacionarse tanto con sus acompañantes como con el resto de la concurrencia. No obstante, no se deshace totalmente de esa máscara, ésta *se queda en el guardarropa* para volvérsela a poner antes de salir. Asimismo, el público heterosexual que llega sin conocimiento del tipo de lugar de que se trata es informado con toda cortesía, por parte del anfitrión, de que ésta es una discoteca gay, quedando para ellos la decisión de retirarse o permanecer en el lugar, la mayoría de las veces se retiran a buscar otra discoteca.

Cuando ya he pagado mis respectivos \$25.00 en la taquilla de la entrada y obtenido un comprobante que me da derecho a una copa, me recibe el anfitrión del lugar, un hombre de cuarenta y tantos años que, con una amplia sonrisa, me da la bienvenida, me saluda de mano y me desea una estancia agradable. Alcanzo a escuchar que le indica a uno de los meseros que me atienda inmediatamente. Esta muestra de cortesía se repite hasta bien entrada la noche, cuando la cantidad de gente le impide quedarse parado saludando a todo el que entra. Esta ritualización que se da al llegar y que se reitera noche tras noche, tiene su eficacia sobre el público, que puede obtener una sensación de confianza ante esta cordialidad. Esto por supuesto tiene una mayor trascendencia en el interior, pues es ahí donde se establece un primer contacto con el ambiente gay que ahí se desenvuelve.

Como ya asistí en algunas ocasiones, me dirijo automáticamente a donde considero idóneo para observar al público del lugar. A pesar de que lo esperaba, debido a lo temprano de la hora —las 9:30 de la noche— no deja de sorprenderme el hecho de que sea de los primeros clientes en llegar, lo cual, por otra parte, me permitirá darme cuenta de cómo se da el movimiento en la discoteca.

Los meseros y el personal de seguridad aprovechan estos minutos que aún les quedan libres para platicar entre ellos, tomarse una copa o hacer una broma. Este lugar para el público representa un sitio de diversión y a lo sumo un punto donde se reconocen y eventualmente establecen lazos de solidaridad, de complicidad o de afecto. Pero para los meseros tiene una connotación

abiertamente gays, pero, aun tomando en cuenta esta clasificación, tendríamos que distinguir estos sitios por el tipo de servicios que ofrecen, por el tipo de clientela que acude, por los atractivos que tienen, por la zona de la ciudad en la que se encuentran, en fin. Si tomamos en consideración además que muchas de estas ofertas son efímeras, habría que mantener al día una geografía gay que nos informara de todos esos detalles.

distinta: es su centro de trabajo, que a la vez les permite tener una convivencia cotidiana peculiar con otros hombres con los que comparten intereses, sean estos sexuales o de otro tipo, y con los que pueden interactuar abiertamente, cosa que en otro espacio laboral difícilmente se podría dar. Lo que para unos es sólo un lugar de paso, un pretexto para el encuentro, para otros tiene una densidad diferente, es su centro de trabajo y a la vez un sitio en el que gozan de mayor permisibilidad para los afectos, para el cambio de reglas, para la transgresión de roles. Ellos mismos se divierten. Desde mi lugar alcanzo a ver que ensayan algunos pasos de baile mientras suena una cadenciosa melodía caribeña. Juegan entre ellos, se empujan y ríen mientras esperan a los clientes de esta noche.

Al verlos en este momento, me impresiona la cantidad de personal que aquí se emplea, sobre todo porque quienes terminan siendo las estrellas son los meseros. Ellos usan un entallado traje a manera de uniforme, con lo que difícilmente pasan desapercibidos. Usan unos pantalones cortos a rayas, bastante ajustados al cuerpo y chalecos de cuero negro o playeras también muy entalladas y, para completar el atuendo, botas, de las mineras que están de moda. Lo que me resulta evidente es que esa ropa no les resulta cómoda, pues constantemente se arreglan las ajustadas mangas cortas de sus playeras y sus pequeños pantalones. El uniforme lo pueden lucir gracias a que, los cinco que así visten, evidentemente ocupan buena parte de su tiempo libre para hacer ejercicio y mantenerse en forma. El otro mesero, en desventaja respecto a sus compañeros, utiliza pantalón negro y playera blanca. Sin embargo, el hecho de no tener los atributos de los otros no le impide defender su zona de atención entre los clientes que se mantienen en el barandal.

Es obvio que el uso de ese tipo de uniformes no es fortuito. Como en la mayoría de los bares y discotecas, se le apuesta al interés que puede despertar en el público masculino, lo cual responde a la educación de género del varón que le enseña a ser un cazador sexual y aquí el señuelo son los propios meseros. En este caso es el público masculino al que se le apuesta la mayor atención, en consideración de que es a través de este tipo de estrategias que se busca atraer más público.

Es innegable que para los meseros es grato su papel. Noto que se detienen particularmente con algunos clientes a los que no son indiferentes. De hecho se establece un coqueteo que no todo el tiempo es discreto. El contacto físico con los clientes es claro. Pasan su brazo por encima del hombro, ponen su mano sobre la pierna o la mano del otro. Así, lo que podría ser un monótono trabajo que les ocupa toda la noche se convierte también en un juego que por momentos puede tomar un cariz hasta cierto punto erótico. Es aquí donde se establecen formas de interacción y de comunicación no verbal que transmiten deseos e intereses, que pueden traducirse o no en un mayor acercamiento. Paradójicamente, y a diferencia de lo que ocurriría con otro desconocido, a los meseros se les permite, en un juego de coqueteo, invadir el espacio vital de los parroquianos. Hay una especie de entendimiento en el sentido de que esto no llevará a nada más y que sólo es un juego en el que participan ambos.

Esto resulta hasta cierto grado excluyente para las mujeres que asisten a este lugar, pues sin mostrarlo abiertamente, en todo momento recuerda que se creó expresamente para hombres. La disposición de los baños por ejemplo, están más a la mano los de hombres, los videos en general presentan imágenes de interés preferentemente gay masculino, los mismos meseros, etcétera. Debemos recordar que, por ser un sitio de diversión gay, los símbolos no corresponden al género de los individuos sino a su orientación sexual, por ello encontramos que aquí el elemento para llamar la atención del grueso de la clientela son los meseros, quienes con su atuendo simbolizan el ideal masculino de fuerza, pre-



sencia y atractivo. Por otro lado, en la Ciudad de México, dada la proliferación de este tipo de sitios, cada uno de ellos se ha ido especializando en determinados públicos, siendo una de estas formas de especialización el hecho de que sea dedicado a hombres o a mujeres, aunque en general, no suelen ser restrictivos para unos u otros.

La discoteca, además de ser espacio para bailar, adquiere una dimensión mucho más profunda en otros sentidos. Es un lugar de encuentros, de galanteo, de coqueteo, de convivencia con pares, de una manera mucho más directa que en otro espacio público, pues como aquí todos o casi todos son gays, se relaja la tensión que a muchos individuos, que aún se encuentran *dentro del closet*,⁵ les causa un ambiente tan abiertamente homosexual.

Entonces la discoteca tiene para muchos de sus clientes una dimensión diferente. Para unos es un lugar entre otros al cual ir a divertirse el fin de semana y su importancia radica más en que sea un sitio agradable, con buena música y un show bien presentado. Para otros resulta ser uno de los ámbitos en los que se puede relacionar con gente gay y más particularmente con su pareja. Es por ello que hay quien se dedica a aprovechar todo el tiempo con su pareja y más particularmente a tener esos acercamientos que en sitios abiertamente heterosexuales no podría: besar al otro, abrazarlo, contemplarlo, tomarlo de la mano. Por último, hay quienes únicamente desean disfrutar la música bailando.

Ya no sólo es el lugar que se elige para ir a bailar, es el sitio donde se convive con los amigos más cercanos, donde se puede pasar un momento íntimo con la pareja, donde se conocen nuevas amistades, donde es posible jugar con ese lenguaje característicamente gay: *el joteo* (duelo de ingenio y reconocimiento mutuo):

- Me vale lo que diga mi mamá, yo le dije a la vecina que ya no estacionara su coche frente a la casa
- Y, ¿qué te dijo la vieja?
- ¡Ay joven! no se enoje...
- Oye, oye, mira quien llegó. Es Sergio, el amigo del que te hablé
- Desgraciada, que escondidito te lo tenías. Seguro ya te lo sabroseaste...
- Bueno, sólo fue un fajesín ¡Lástima!, me dijo que quería que fuéramos amigos y ya ves, si te pones abusada quien quita, a lo mejor con esta penumbra no te ve tan fea...
- ¡Qué tul! ¡qué bárbara!, está buenísimo
- Deja que lo llame
- No pendeja, que hoy ni me arreglé

- No seas mamona, si de cualquier manera todos tus trapos parecen de Hecali
- ¡Qué perra eres!, por si no te has dado cuenta querida, yo soy Totalmente Palacio
- Sergio, aquí, ven
- Qué onda Rogelio, qué milagro
- Pues ya ves, aquí andamos. Mira te presento a Joaquín
- ¡Hola! ¿qué taaaal? ¡Mucho gusto!
- Qué tal Rogelio me ha platicado mucho de ti, bien por supuesto...
- Pues a mí me tiene en la soltería, nunca me presenta a nadie, ni me habla de sus cuates ¿gustas bailar?
- ¡Pooor supuesto!
- Supongo que no te importará que te dejemos un ratito ¿verdad Rogelio?
- Nooo, ¡para nada!
- Ahorita venimos (en voz baja) mientras ponte lista amiga, quien quita y alguien se fije en ti, ¡ja, ja!
- Maldita, es capaz de quedarse con él y yo aquí sola como dedo, pero bien lo dice el dicho. Antes que amigas, somos mujeres ¡y que gane la mejor!

Mientras tanto, los demás empleados se mimetizan con el público. De momento no es posible identificar al personal de seguridad y distinguirlo del resto de la gente.

Me doy cuenta que desde la otra ocasión que estuve, hace menos de dos meses, la discoteca ha crecido extendiéndose bastante al incorporar un local que se encontraba anexo. Realmente resulta agradable la amplitud que ha adquirido y me hace preguntarme ¿por dónde podíamos pasar antes de que hicieran esta remodelación? Por lo menos debe haber ganado unos ochenta metros cuadrados. Además, la manera en que fue acondicionado posibilita un mayor movimiento y circulación. Esto permite que haya una distancia más cómoda entre los parroquianos y que los pequeños grupos gocen de cierta intimidad. Ya Hall (1994 y 1990) y Knapp (1995) en sus trabajos han mostrado cómo la distancia entre las personas es importante y que, cuando físicamente esto no es posible, se crean distancias, fronteras imaginarias que impiden su trasposición.

En el caso que nos ocupa, a pesar de la gran densidad de público que puede alcanzar un lugar como éste, es posible crear espacios íntimos en los que la persona o grupo de personas tengan un espacio propio. Así, cada pareja o grupo está separado de las mesas aledañas, una distancia que físicamente puede ser imperceptible, pero que nadie viola. En ocasiones, cuando los grupos son numerosos o las mesas están

⁵ Es decir que no se han aceptado plenamente y que no lo han hablado con las personas más cercanas a ellos.

muy cercanas, la distancia o la frontera sólo se puede establecer por la simple posición de las sillas que indica a qué mesa y grupo se pertenece y, por otro lado, el volumen de la voz se eleva sólo hasta el punto que sean los propios miembros de cada grupo los que escuchan las conversaciones, que no por ello dejan de ser animadas. Los límites que cada individuo establece, en este lugar se reducen al mínimo, casi se tocan.

Los meseros se acercan a los clientes y se presentan antes de ofrecer las bebidas que sirven. En ocasiones se disputan a los clientes, lo que puede desconcertar a algunos de ellos, por desconocer cómo se organiza el personal de la discoteca.

Desde que llegué observo que en los siete monitores del lugar se transmiten videos musicales o *videoclips* con canciones no tan recientes de cantantes mexicanos como José José o Luis Miguel. Más tarde, son sustituidos por programas gringos de videos caseros que presentan escenas chuscas en situaciones cotidianas y que llaman fuertemente la atención de buena parte de la concurrencia, que inclusive interrumpe por momentos las conversaciones para enfocar su atención en los monitores. Casi podría afirmar que sólo en estos momentos y durante el show es cuando se reduce la comunicación entre los asistentes.

Desde el sitio en el que me encuentro es posible tener una panorámica que incluye desde la entrada hasta la pista de baile, pasando por el *disc jokey*, el guardarropa y el bar, donde se han concentrado los meseros, listos para atender a quienes van llegando.

El arreglo del lugar es a base de elementos artesanales mexicanos muy sencillos: en unas paredes penden adornos, colocados al centro, semejando floreros con flores secas de colores, en otros dos muros hay dos soles de barro flanqueados por lunas. Al otro lado de la discoteca alcanzo a distinguir unos arreglos hechos con jarros de barro que forman unas espirales colgantes del techo. También es posible apreciar aquí y allá jarrones de barro con flores secas y, sobre las mesas, pequeños candeleros con velas encendidas. Todo ello crea una atmósfera de intimidad aun cuando la luz ambiental permite un reconocimiento general del lugar.⁶ En ciertas partes la decoración se hace un tanto ecléctica. Uno de los muros conserva, por ejemplo, grandes espejos que lo cubren por completo y que intuitivo, formaban parte de la decoración original.

La decoración crea una situación de comodidad, pues los referentes que el público tiene son muy cercanos a su cotidianidad. Todo el ambiente del lugar invita a estar y a permanecer. La decoración rescata ele-

mentos estéticos que la clase media ha incorporado a sus códigos de belleza arquitectónica y decorativa, lo que me hace recordar el comentario de un amigo que mencionaba que ya no tenía originalidad decorar un departamento con accesorios rústicos, pues “ya todos lo están haciendo”. Los colores y la ambientación del lugar son cálidos.

Cuando los numerosos grupos de personas se instalan en las mesas, pueden crear corrillos en los que las animadas conversaciones y las fuertes risas son la tónica general. Sin embargo, pareciera que en el barandal los asientos expulsan a los hombres que ahí se ubican, como si se pretendiera que éstos tuvieran que permanecer parados o deambular. De hecho, la cantidad de asientos sólo alcanza para una parte mínima de los hombres que se colocan ahí.

Se puede decir que el sitio está pensado para que se establezca una cierta intimidad entre los consumidores, que se propicie la convivencia, que se da fundamentalmente entre quienes llegan acompañados. Los que llegan solos experimentan una actitud de distanciamiento, como si cualquier tipo de interacción con un desconocido conllevara una segunda intención, un posible ligue, lo cual pone a los individuos en una postura entre defensiva y expectante.

Cuando sólo hay música de fondo, suele haber una conversación constante en las mesas. La gente, en general, platica y ríe manteniendo una comunicación con sus acompañantes, mientras que la gente que acude sola se mantiene apartada, hay pocos puentes de comunicación verbal con los vecinos, a menos que aparezca de repente algún conocido, lo cual, por otra parte, no es muy común. Así, en las mesas hay pláticas animadas y en el barandal silencio y miradas.

El Ansia en realidad no es muy grande. Cuenta con unas cuarenta mesas aproximadamente, para un promedio de cuatro personas cada una y además un barandal donde usualmente se queda parada la gente que llega sola o que, por alguna razón, prefiere este lugar a las mesas. Los asientos son cómodos, hay una ventilación que evita que se acumule demasiado el humo y la música suena a un volumen que permite que la gente platique. A nivel olfativo, cada quien trata de destacar por encima del humo de los cigarros y el olor de la cerveza. Las lociones de gran cantidad de los asistentes son, por momentos, tan penetrantes, que parecieran jalar de la nariz a los demás y hacer que todos volteen a ver quién invirtió buena parte del contenido de su loción en hacer que todos se percaten de su presencia.

⁶ También la luz contribuye a estructurar nuestras percepciones de un medio y estas percepciones pueden influir en el tipo de mensajes que se emiten (Knapp, 1995: 96).

Observo la entrada y al anfitrión que sigue recibiendo personalmente a cada cliente con su misma actitud de cordialidad. Me doy cuenta que junto a donde él se encuentra hay una mesa con folletería. Me acerco a recoger algunos folletos. En ese momento tienen tres: *El arca de Noé*, *Ser gay* y *El agujero en la cerradura*. Al hojearlos constato la amplia oferta de servicios que esta ciudad ofrece a la población gay: discotecas, *sex shops*, masajes, teatro, servicios psicológicos, fotográficos, domésticos, restaurantes, grupos organizados, publicaciones, contactos, servicios turísticos, religiosos, etcétera. Si bien estas publicaciones son casi exclusivamente para proporcionar información comercial, también dan una idea de la manera en que la oferta de bienes y servicios va creciendo rápidamente.

Algo que llama poderosamente mi atención mientras hojeo los folletos es la noticia de que Paco Ross, editor de uno de ellos, fue nominado como candidato a diputado federal por el Partido Cardenista. Según se destaca en las publicaciones, se pretende que represente los intereses de la comunidad gay nacional al elevar “la voz gay hasta la más alta tribuna nacional y en otra de estas publicaciones se señala significa que las personas homosexuales estamos superando los problemas de aceptación que durante siglos ha impuesto la cultura occidental y ahora somos capaces de aceptarnos públicamente y defender nuestros derechos” (*Ser gay*, 1997). Asimismo, se anuncia un próximo evento en el que tendrá lugar la ceremonia de presentación oficial de la candidatura gay a diputado federal.

Por supuesto éste es un hecho muy importante en un año electoral en el que todas las fuerzas políticas realizan actividades de proselitismo y cuando hay partidos políticos que no tienen ningún empacho en aglutinar en su seno a cualquier personalidad o grupo que les pueda permitir allegarse un mayor número de votos, independientemente de las demandas que reivindiquen.

Es notorio que este lugar no se llena a pesar de ser viernes. Aparentemente mucha gente de la que suele frecuentarlo prefiere hacerlo en sábado. Inclusive, después de una visita al final de la quincena me hace corroborar que la situación no es muy diferente que a mediados de la misma. Por otra parte, se me ocurre otra hipótesis respecto a lo poco concurrido que es este lugar y es que, salvo por los meseros que usan esos pantalones cortos y entallados, no existen mayores *atractivos* en este sitio, a diferencia de otros en los que los videos porno, los shows de *streeppers* y los cuartos oscuros, se incorporan al elemento que sí tiene El Ansia: la pista de baile. Esto es algo que nos es útil como elemento de contraste. La discoteca, por su propia característica y por la clase de público que recibe, no requiere de esos otros elementos que propician el sexo anónimo u algún tipo de interacción más despersonalizada.

Es claro que las personas que asisten a El Ansia comparten su agrado por esta discoteca, que quieren pasar una noche bailando, platicando o simplemente tomando una copa en un ámbito gay y que no están buscando un sitio en el que existan elementos cargados erótica o sexualmente.

Al terminar la proyección de los videos caseros se vuelven más animadas las conversaciones. La gente deja de poner atención a los monitores. Posteriormente se muestra una serie de videos de modelos masculinos y femeninos, los cuales posan en bikini o en tanga. A pesar de que estas imágenes podrían ser más sugerentes que las anteriores, no llaman tanto la atención del público. De hecho son muy pocos los que siguen la secuencia de los videos.

Los personajes

Después de mí, el primero en llegar es un jovencito de escasos 18 años y con una apariencia precoz. Es obvio que acaba de llegar a su mayoría de edad y realiza sus primeras incursiones por este tipo de lugares. Al igual que yo, se dirige hacia el barandal al fondo de la disco. Decide acomodarse en un asiento corrido frente a una de las mesas, cerca de donde me encuentro. Lo primero que hace es sacar sus cigarros y pedir una cerveza (¿símbolos de mayoría de edad?), pero no deja de atraer mi atención por lo aparatoso de sus movimientos.

Entre los clientes que van llegando observo a una pareja que de alguna manera no concuerda con el lugar. Un hombre joven acompañado de una mujer algo mayor que él y ambos vestidos con ropa formal de color negro. Me da la impresión de que son dos amigos que decidieron ir a un sitio gay. Si bien este tipo de parejas no pasa desapercibida tampoco causa mayor interés entre la concurrencia.

Esto es otra cosa que llama mi atención, son relativamente numerosas las parejas y grupos mixtos que llegan. Un hombre acompañado de cinco mujeres, dos hombres y una chica, etcétera. Entre los asistentes de ambos sexos hay mucha cordialidad. Por lo que puedo apreciar, la convivencia de estos grupos mixtos es muy buena y sí se establecen puentes de comunicación entre ellos. Además, hombres y mujeres aquí no están en una situación de competencia. La relación entre los sexos se vive como camaradería, no así entre los miembros del mismo sexo donde las relaciones son o pretenden ser de otra índole: de pareja, de cortejo o de competencia.

Alrededor de las 11 de la noche se torna más intensa la llegada de los clientes. Tanto es así que me resulta imposible observar con detalle a todos los que entran. Grupos de tres o cuatro hombres, algunas parejas y otros que por algún motivo resaltan entre los demás.

Algo que destaca es que son pocas las mujeres que asisten a este lugar, la mayoría acompañadas de hombres; ninguna se instala, al menos no sola, en el barandal para los solitarios.

En las discotecas gay la alteridad está representada por las parejas heterosexuales las cuales, para pesar de muchos miembros de la concurrencia, llegan a estos lugares. Hay un reclamo generalizado por parte de los homosexuales respecto a que la sociedad sea más tolerante, lo cual, sin embargo, no se asume plenamente. Aun entre homosexuales, el travesti y el afeitado, el que es demasiado obvio, sufre de una cierta discriminación. Aunado a ello, en sitios mayoritariamente gays, existe una *heterofobia* y una misoginia entre muchos homosexuales.

No faltan los comentarios de disgusto por la presencia de ese tipo de parejas. "Si ellos tienen otros lugares, ¿a qué vienen aquí?" Sin embargo, pronto las dos parejas heterosexuales recién llegadas pasan a segundo plano y la concurrencia vuelve a su dinámica. Esto, no significa que se integren como el resto de la gente. De alguna manera, se reproduce la barrera que cotidianamente existe entre unos y otros y, aunque puede ser más sutil, no deja de existir.

Como en todo bar o discoteca, no faltan los borrachos. Aproximadamente a las 11 de la noche llega una pareja, uno de ellos parece tener unos treinta y tantos años y el otro unos cuarenta y tantos. Piden una mesa cerca de la pista y una botella de ron. El más joven se encuentra más tomado y empieza a *hacerle show* a su pareja. Con movimientos evidentemente sexuales, se mueve alrededor de él. La ropa desaliñada hace que cause desagrado el espectáculo que da en público, y el hecho de que suba el volumen de su voz provoca que la gente volteé a verlos. Finalmente terminan por pasar desapercibidos el resto de la noche.

A pesar de que a esta hora la afluencia es mixta, predominan los hombres y en especial los que tienen una edad entre los 20 y los 35 años. Es obvio que, además, el lugar está hecho precisamente para personas que oscilan entre esas edades y podríamos decir que de clase media. La ubicación, la música, la decoración, el baile resultan agradables para estos sectores sociales, a los que les gusta divertirse en este tipo de ambientes: "Me gusta porque es un lugar tranquilo. Está padre y queda cerca de mi casa. Yo vivo en la carretera a Cuernavaca, por eso prefiero venir aquí que ir hasta la Zona Rosa. Me gusta porque viene gente bien".

Ve acercarse a un joven vestido totalmente de negro y con aparente buena posición económica. Se pasea entre los hombres que se encuentran parados cerca de la barra y después de un rato toma asiento al fondo de la discoteca. A primera vista no pretende establecer

comunicación con nadie. Se concentra en su bebida y en los videos que se proyectan en ese momento. Un hombre de unos cincuenta años, quien se encuentra en compañía de su pareja, se acerca a platicar con él. En un momento en que disminuye el volumen de la música alcanzo a oír parte de la conversación:

- ¿Te gusta bailar?
- Sí (tímido)
- ¿Cómo sí? ¿Dónde está esa energía?
- Más que nada vengo a conocer gente. En buen plan.
- Todos dicen eso pero siempre hay un interés. Las cosas suceden por algo.
- Es que no soy de aquí
- ¿De dónde eres?
- De Colombia
- Y qué, los colombianos no son...

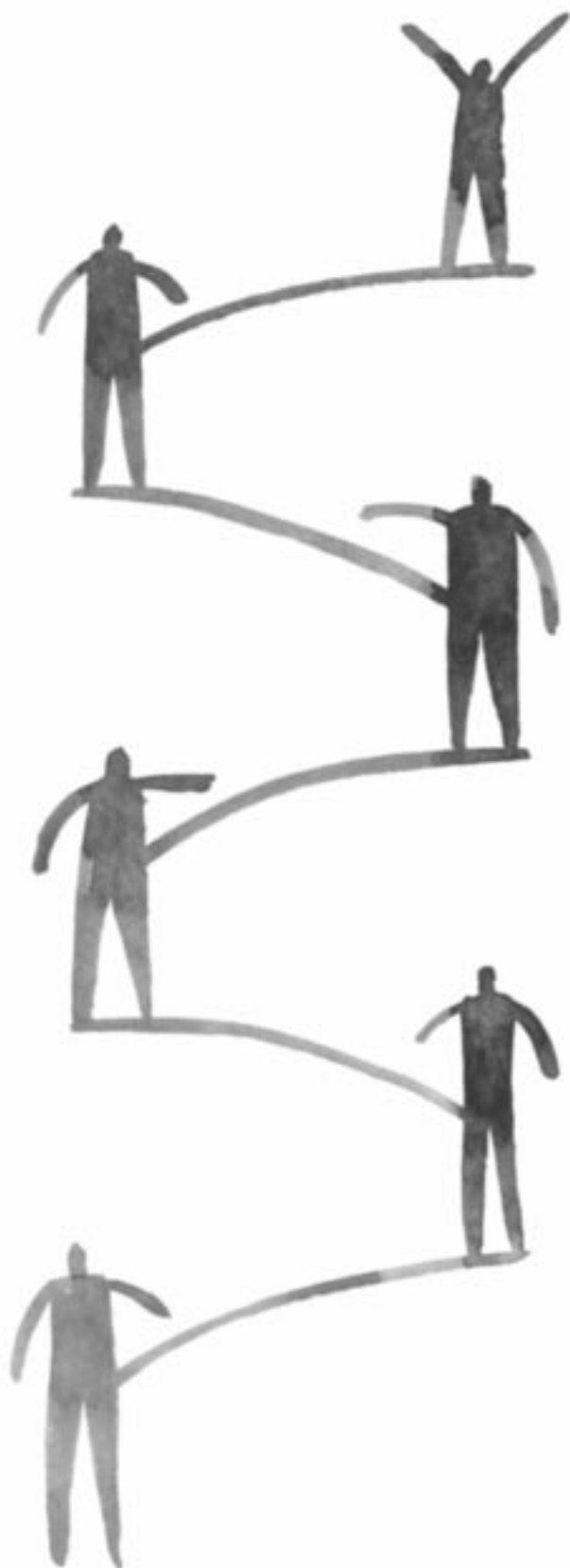
No alcanzo a escuchar el resto de la frase pero veo que el joven a la primera oportunidad se escabulle entre la gente.

El consumo de alcohol no parece ser elevado. La gente bebe moderadamente. Muchos prefieren la cerveza clara u oscura y en los grupos más o menos grandes es frecuente que se pida una botella de ron o brandy. A excepción de la pareja que llegó después de haber estado tomando, no se ve a otras personas en estado de ebriedad.

Las miradas, las palabras, los contactos

Un nuevo miembro se une a la zona de los solitarios. En este caso se trata de un hombre de escasos treinta años, quien viste con mayor desenfado que los demás, aunque su rostro no muestra la desenvoltura que esperaría uno en una persona así. Su gesto, más bien serio, no delata un deseo de entrar en contacto con alguien más. Sin embargo, se sienta cerca de donde me encuentro y clava su mirada en el jovencito que llegó antes. Para su desilusión no recibe una respuesta a sus miradas y es que, con un gesto tan duro, como de enfado, difícilmente podría ser abordado por alguien, pues, como lo menciona Hall: "El hecho de que el mensaje emitido esté expresado en un vocabulario informal hace las cosas doblemente difíciles, porque ninguna de las partes puede percibir muy claramente lo que en realidad está ocurriendo" (Hall, 1990: 19).

Vuelvo mi mirada al chico con aspecto de colegial. Esta vez, acompañado de una amplia sonrisa, le ofrece un cigarro a su objeto de deseo, un hombre bastante mayor que él. Justo en ese momento el otro acaba de apagar uno. Le da las gracias y brinda con él desde su



lugar. El primer individuo decide buscar suerte en otro sitio y se aleja.

En este espacio, los participantes establecen códigos de convivencia y formas de actuación compartidas, que es importante no transgredir, a pesar de que no tengan que ver con los códigos de otros momentos y ámbitos sociales. Las maneras de actuar, de interrelacionarse con el resto de las personas se dan de modo distinto. Entre hombres, por ejemplo, no es mal visto que se toquen, se abracen e inclusive se besen, sin embargo, como en todo contexto social, estos contactos no se dan indiscriminadamente, sino que hay niveles de relación social y afectiva que permiten unos contactos y excluyen otros. Las mujeres, que en espacios heterosexuales tienen una gran permisibilidad de tener contactos personales, mantienen esa misma permisibilidad en este sitio. Es sólo en las relaciones de pareja donde ya se presentan otro tipo de contactos más íntimos, que están vedados en otros ambientes.

Algo que es digno de mencionar es el saludo entre conocidos. Particularmente despiertan mi curiosidad dos hombres que evidentemente llevan una amistad cercana. Besos y abrazos por parte de ambos y luego la presentación de los respectivos acompañantes, éstos, como la ocasión lo indica, sólo se saludan con un apretón de manos. Existe mucha cordialidad y más aún afectuosidad en la manera en que se saludan los viejos conocidos. El ritual del saludo, esa fórmula establecida que tiene algunas variantes de acuerdo con el *status* y el grado de conocimiento que se tiene de la otra persona, marca muy específicamente la proximidad y el contacto que puede haber entre dos personas. Entre amigos, existe una cierta familiaridad, una determinada cercanía que a su vez acorta las distancias físicas, sin embargo quienes se acaban de conocer tienen que mantener una mayor distancia tanto física como social, quedando únicamente la posibilidad de estrecharse la mano. La afectuosidad entre individuos gays en estos lugares se expresa con un proceder diferente a como se haría en lugares públicos donde se aceptan y asumen las reglas que rigen el comportamiento heterosexual.

Las normas sociales en este lugar cambian, los cánones establecidos rompen con los convencionalismos heterosexuales y aquí no causa mayor impresión que dos amigos se saluden con un beso en la mejilla e inclusive un abrazo ¡bien dado! Más bien se espera que la afabilidad que muestra una pareja tenga la calidez de dos personas enamoradas.

Observo a dos hombres que platican animadamente en una mesa. Por lo que puedo advertir se trata de dos buenos amigos que han acudido juntos a este lugar. En algún momento percibo que hacen bromas y *jo-*

tean, de vez en cuando hacen comentarios respecto a algún individuo que llama su atención —“mira la jota esa, se siente la reina; sí y además se tuerce más que tula y yola juntas; ja, ja, ja”— y aunque hay contacto físico entre ellos, no parece tener una carga sexual o erótica, sino amistosa y cordial. Las miradas que acompañan estas formas de tocarse, junto con la manera en que se da este contacto, sugieren el matiz de la relación que en este caso solo es amistosa.

Instalados cerca de la barra en la que me encuentro, dos muchachos muy jóvenes conversan. Evidentemente no son pareja. No alcanzo a escuchar exactamente de qué hablan aunque oigo algunas frases sueltas, por lo que me entero que se refieren a los hombres que ven en el lugar. —“Ya viste al tipo de la camisa azul?; ¿cuál?; aquél que está con el chaparrito; ah sí, ya lo vi, oye está bien guapo, ¿será su pareja el otro?; hay no creo, si además de chaparro está re’feo; pues voltea ahorita; desgraciada, lo está besando; ¡qué tull!; ni hagas caso, total ¡la suerte de la fea a las bonitas nos vale madres!”—. De vez en cuando, mientras platican, se abrazan estrechamente, aunque cuando el abrazo de uno de ellos empieza a tener una connotación sexual, el otro lo empuja y ambos ríen fuertemente. Es como un juego que establecen entre ellos.

Mientras estos jóvenes observan, llega un grupo como de cinco hombres de unos treinta años y uno de ellos en particular llama la atención de ambos y cuando pasa rumbo al baño lo siguen con los ojos, haciendo una inspección de su cuerpo e intercambiando miradas aprobatorias.

Algunos de los clientes saludan muy familiarmente a los meseros. Muchos de ellos son clientes habituales de este lugar y por lo tanto ya son conocidos por el personal que atiende.

Me percaté de que el barandal en el que me he acomodado por estar cerca de los baños es punto obligado de paso de todos los clientes, por lo que hay un constante intercambio de miradas entre los que se acomodaron aquí y los que pasan de vez en cuando, sin embargo no veo que estos vistazos conlleven algo más, son: “sólo un cambio de luces”. Por otra parte, aquí también se crean fronteras, límites que no es posible transgredir. Sea por la posición en la que se acomodan, por sus gestos y actitudes o por la ubicación de sus pertenencias (copa, cigarros, suéter), las personas que llegan solas marcan su distancia respecto a los demás, permitiendo y hasta ofreciendo romper esa lejanía con unos y reforzarla con otros.

Al estar hojeando los folletos me doy cuenta de que el joven recién llegado tiene su mirada fija en otro de los asistentes. Al darse cuenta de que ha sido descubierto por su objeto de observación retira su vista y se hace

como si recorriera con los ojos el lugar. Me llama la atención su mirada: es de curiosidad o acaso de coquetería.

Gracias al volumen moderado de la música, es posible que el público platique sin tener que subir mucho la voz. Algunos grupos se encuentran tan enfrascados en su conversación que no se interesan en lo que pasa a su alrededor; otras parejas prefieren utilizar su tiempo en la mesa abrazados el uno al otro platicando, sin atender a los demás.

A un costado de donde me encuentro está sentado un hombre de edad madura. Está solo, tomando una copa y muy pendiente de los hombres que llegan tratando de ligar a alguno. Al no encontrar respuesta se mueve mucho, se acerca a la pista, regresa, camina hacia la entrada, va al baño, todo el tiempo atisbando a su alrededor buscando a alguien con quien entablar una conversación.

Después de un buen rato de andar deambulando por la disco llega un hombre aproximadamente de su edad que se sienta en uno de los bancos altos cerca de él. Pide una copa y enciende un cigarrillo. El primero empieza a hacerle plática y éste responde sin mucho interés aunque tampoco cortante. Unos minutos más tarde el recién llegado se cambia de lugar a uno de los asientos corridos. Desde aquí puedo darme cuenta de que anda deprimido, cansado o borracho y no parece tener ganas de charlar con nadie, sin embargo, el otro insiste y va a sentarse junto a él con claros deseos de tocarlo, al ver la falta de respuesta decide pararse, no sin antes dejar sus cosas allí mismo para tener ocasión de regresar.

Un hombre muy corpulento y alto, de unos cuarenta años, llega acompañado de otro como de veinte, también muy alto pero menos voluminoso. Varios de los hombres parados en el barandal voltean a ver al más joven con evidente interés y éste, a su vez, parece muy complacido con las miradas. Platican entre ellos, el mayor parece muy interesado en los meseros que van y vienen por todo el lugar, mientras tanto el otro lanza miradas provocativas a varios de los individuos que se encuentran en el barandal en ese momento.

Dirijo mi vista al barandal en donde se encuentran parados o sentados en bancos altos algunos hombres solos o en pequeños grupos. Por lo que se puede percibir, los que acuden solos no tienen muchas oportunidades de conocer a otra persona o simplemente de entablar una conversación. Es curioso que unos se muestran como dándose importancia e inalcanzables para los demás y otros parecen ansiosos de querer acercarse a alguien pero no se atreven, finalmente la situación hace que ni unos ni otros rompan el hielo.

Entre la gente que charla veo a un joven y a una chica que platican animadamente, aparentemente la

conversación es muy interesante pues ambos están totalmente absortos en ella. Después de un rato, la chica se da cuenta de que un joven mira insistentemente a su amigo y con un golpecito y una mirada se lo indica, tratando de ser discreta. Éste volteo a inspeccionar al pretendiente y vuelve a la animada conversación aunque esta vez, por los gestos, las miradas y las risitas, delatan que es de aquél de quien hablan. El otro, dándose cuenta de la situación, se aleja del lugar.

La gente parece estar a la expectativa de que algo suceda. La música sigue aunque ha cambiado, Luis Miguel ha sido sustituido por Sting y Madona, y la música invita a bailar, aunque por el volumen y por una convención tácita establecida entre la discoteca y el público, se sabe que es necesario esperar a que se abra la pista. Alguien que desconoce las reglas y convencionalismos del lugar podría pensar que se puede parar a bailar en cualquier momento, pues la música y el ambiente son propicios para ello; sin embargo, la gente que asiste con más frecuencia sabe que tiene que haber una apertura oficial, un momento en el que formalmente existirá un cuidado de la música, que será específicamente para bailar.

Los atuendos son variados y esto crea una distinción entre los más jóvenes y los de edad madura. Las camisetas entalladas de color negro, la ropa casual, pantalones de mezclilla, camisas de algodón en diseños modernos, son el común denominador de sus atuendos. Mientras que la gente más grande utiliza ropa más formal, algunos inclusive van vestidos de saco y corbata o traje y otros, aunque de apariencia informal, utilizan modelos más clásicos. Según me puedo dar cuenta, la mayoría cuida mucho su atuendo, su peinado, su aspecto en general.⁷

El lenguaje que se crea a partir de la ropa dice mucho de la intención de los individuos en su comunicación con los demás. No sólo existen vestuarios que indican una cierta disposición para socializar, también hay quien habla, a través de ello, de su interés sexual. Hacer alarde de un desarrollo muscular logrado en un gimnasio no es privativo, en este lugar, de los meseros. Cada individuo selecciona cuál es la imagen que desea presentar a los demás. Así, hay quien opta por el estilo deportivo, casual, intelectual, evidentemente gay y, con ello, el lucimiento de ciertas marcas de ropa, accesorios como gorras, cinturones, entre otros, inclusive el peinado expresa determinados estados de ánimo y disposición para interactuar con los demás. Todos

estos atuendos van, asimismo, acompañados de una actuación identificada con la fachada, que complementa la imagen que cada uno quiere expresar. Entre ellos, el cabello corto es predominante, sobre todo entre los más jóvenes quienes llevan el cabello casi a rape, siendo más largo a medida que se sube en la escala de edad. Si bien no es usual el cabello largo, no falta aquél que lo trae a la altura de los hombros.

Entre las mujeres también existen diversos estilos entre los que destaca, en las más jóvenes, el estilo más femenino, que además es el que prevalece. Usan el cabello largo, faldas o vestidos y maquillaje; y el estilo más bien masculino, generalizado entre las mujeres mayores que recurren al cabello muy corto, pantalón, saco y no traen maquillaje. Estas últimas suelen ser más descuidadas en lo que al peso corporal se refiere.

El baile

A las 12:30 la pista de baile empieza a ser invadida por hielo seco que la cubre poco a poco. El público sabe que es el preparativo antes de que “se abra la pista”. A todo volumen se escucha *Carmina Burana*, tema musical que han adoptado algunas de las discotecas para ese momento. Mientras suena la música, que por otra parte no permite seguir ninguna conversación, se muestran juegos de luces de colores, un derroche de la tecnología con que cuenta la discoteca para el baile.

Al concluir este particular arreglo a la música de Carl Orff, inician propiamente las canciones para bailar e inmediatamente saltan a la pista algunas parejas que evidentemente han estado esperando la ocasión. La pista se llena rápidamente con hombres y mujeres que bailan al ritmo que les toquen. Es notorio que muchos de ellos lo conocen, ya que además de bailar, cantan las canciones tanto en inglés como en español.

La música en este lugar se presenta como otro elemento de distinción. Los ritmos que se bailan desde el principio son de música tecno, lo cual nos habla de un sector social al que pretende dirigirse, quedan en segundo plano las melodías de cantantes modernos en español y, por último, cuando ya muy avanzada la noche empiezan a decaer los ánimos y la mayoría ha tomado más de tres copas, empieza a sonar la música tropical, ritmos afrocaribeños que reinyectan ánimo a la concurrencia, para seguir moviéndose hasta que sea el momento de cerrar el lugar.

⁷ En este sentido Knapp señala que para comprender la relación entre vestimenta y comunicación deberíamos familiarizarnos con las diversas funciones que la vestimenta puede cumplir: decoración, protección (tanto física como psicológica), atracción sexual, autoafirmación, autonegación, ocultamiento, identificación grupal y exhibición de *status* o rol (Knapp, 1995: 168).



Aun cuando en la pista de baile la gente se encuentra muy junta, las distancias no desaparecen, al menos no voluntariamente. La música, y por ende los bailes modernos, tienen la característica de ser altamente individuales, lo que no elimina el vínculo que se tiene con quien se baila. Esto además permite mantener una mayor lejanía cuando se baila con quien no se tiene ningún tipo de relación afectiva, y no se desea tener una mayor intimidad.

Más tarde, las conversaciones cambian, se trasladan a la pista de baile. Las parejas o grupos que no alcanzan mesa o que prefieren instalarse en el barandal, también charlan animadamente, son pláticas que se confunden con el sonido de la música, lo cual crea un ruido con un volumen constante que, sin embargo, permite hablar sin tener que alzar demasiado la voz.

El baile en sí mismo crea una distinción, ya que los más jóvenes siguen las coreografías que los propios cantantes utilizan en sus presentaciones. Pareciera que existe una especie de competencia por ver quién reproduce más fielmente estas coreografías. Por otra parte, la gente mayor pone menos atención a estos aspectos del baile y simplemente intenta seguir el ritmo de las melodías.

Durante el baile la comunicación se da de variadas formas: en primer lugar hay quien platica, hay inter-

cambio de comentarios o simplemente se repiten frases de las mismas canciones, que se entonan para dar énfasis, indicando que se comparte esa idea. Debido al constante movimiento y a lo alto del volumen de la música, muchos simplemente intercambian sonrisas, miradas, que a su vez contienen mensajes cifrados, que pueden tener una carga amorosa o de simple complicidad.

El baile mismo indica una disposición sexual, un juego con el otro (improvisando coreografías) o un distanciamiento que se traduce en pasos con desgano, miradas ausentes y gestos cortantes. Los pasos de baile también pueden tener un gran despliegue de movimientos, en espera de causar una impresión en el otro, de meneos de cadera que por momentos son cadenciosos y a veces son francamente provocativos, van acompañados por movimientos de brazos y manos que parecieran intentar envolver a la pareja con la que se baila o, por el contrario, movimientos lentos y monótonos que más bien transmiten la idea de fastidio.

El chico con apariencia de estudiante que se encontraba sólo, repentinamente se dirige a la pista de baile acompañado por un hombre de unos treinta y cinco años. Al verlos bailar juntos, estas diferencias se hacen más notables, pues cada uno a su manera baila tratando de mostrarse lo mejor posible.

No toda la gente baila. A pesar de que oyen con cuidado la música e inclusive siguen el ritmo con un pie o con la cabeza, hay algo que los mantiene sentados en sus respectivas mesas. Algunos no gustan de participar en el baile, en el que las distancias entre las personas son prácticamente nulas, lo que les crea un conflicto.

Muchos de los hombres que veo solos aquí y allá evidentemente tienen ganas de bailar aunque también se ven poco dispuestos a invitar a alguien. Más bien pareciera que esperan que alguien se acerque a invitarlos a la pista. Los ritos de cortejo en ambientes específicamente gay son diferentes a los que se darían en otras circunstancias. Para empezar, ambos individuos se encuentran en primera instancia en las mismas condiciones de posibilidad. Sin embargo, en este caso ambos pueden asumir los roles de seductor o seducido, alternativa o simultáneamente. Por su educación de género han aprendido que deben actuar de una manera, no obstante, la situación particular puede llevarlo a actuar de otra.⁸

Percibo una situación que me llama la atención. El *estudiante* que se encontraba nuevamente sólo, después de haber estado bailando, está otra vez en la pista acompañado de otro hombre de poco más de treinta años, que minutos antes había llegado acompañado a la discoteca. A pesar de la evidente diferencia de edades, ambos parecen entenderse bien. Los veo intercambiar algunos comentarios y sonreírse mutuamente. Mientras tanto, la pareja del hombre mayor se encuentra sentado tomando una copa y observando tanto a los asistentes como los videos que se muestran en los monitores.

Después de un rato de baile se vuelven a sentar. Por lo que se puede observar, los dos hombres mayores, son pareja. En momentos se aprecia un intercambio de caricias y miradas que delatan esta situación. Me doy cuenta de que ambos hacen comentarios respecto al chico y se ríen. El más joven, que se encuentra sentado cerca de los otros dos, parece un tanto confundido respecto a la actitud que debe asumir. Por momentos parece intentar establecer plática con ambos, pero no sabe cómo hacerlo. Finalmente, la pareja hace más

caso al chico e inclusive cambia de asiento para colocarse al otro costado, con lo que el muchacho queda en medio de ambos. Los intercambios verbales siguen por un rato.

Mientras tanto, la pista continúa tan llena como al principio. Los bailarines se turnan. Unos entran a la pista y otros salen dependiendo de lo cansado que estén y del tipo de música. En momentos en que la música empieza a ser tediosa, la pista comienza a vaciarse, pero cuando suena una canción de moda nuevamente crece el entusiasmo entre los bailarines.

La música, el baile, el ambiente en general ha cambiado para este momento, se ha vuelto más relajado, la gente actúa y se mueve con más confianza e inclusive se nota una mayor y más abierta comunicación. Un poco por el alcohol y otro poco por la confianza que se ha establecido entre los individuos, es posible ver una mayor interacción en el interior de los grupos y con otros.

El show

Desde mi lugar veo que entra a la discoteca una mujer muy alta. La sigo con la mirada. Observo que en su camino saluda al anfitrión del lugar y sigue hacia donde me encuentro. Al pasar junto a mí descubro que es uno de los miembros del show travestí. A juzgar por su arreglo, su maquillaje y su vestuario, cualquiera diría que es una mujer, aunque ciertos detalles de su presencia lo delatan, empezando por su estatura. Junto a ella llegan otras dos personas cargando unas maletas que intuyo son el vestuario que utilizará durante su presentación.

Como a la 1:30 de la madrugada hay un cambio en la música, que la gente interpreta como una señal de que pronto iniciará el show; momentos después anuncian que así será. Se suspende la música, los bailarines desalojan la pista para proceder al show travestí. El presentador da la bienvenida a los asistentes a la discoteca y anuncia a la primera cantante "¡Paloma San Basilio!", después de pedir un aplauso se retira para que llegue la artista.

⁸ A partir de una investigación realizada entre hombres gay en la ciudad de México (List, 2000) pudimos constatar la manera en que el hombre homosexual establece relaciones con otros hombres.

Una condición del rol masculino en nuestra sociedad es la capacidad de conquista sentimental y/o sexual que determina a su vez un prestigio viril. En términos prácticos, ¿qué significa esto en el medio homosexual? Significa que dos individuos que han sido educados bajo estos parámetros, al encontrarse, van a desarrollar estrategias de seducción hacia el otro, que los lleve a una posible conquista. Ello puede derivar en un encuentro sexual furtivo o plantear una segunda reunión que de pie a un número indeterminado de éstas, que eventualmente pueden llevar al establecimiento de una relación de pareja más estable. Aun constituyéndose como pareja, ambos individuos mantienen esa misma educación genérica, conforme la cual ambos, en un momento dado, desean establecer una supremacía sobre el otro, ya sea de una manera sutil o abierta, y donde además mantengan su posición de "cazadores sexuales" hacia otros individuos, sin que esto conduzca necesariamente al gotamiento inmediato de la relación previamente establecida.

Entra en escena la cantante con un elegante vestido de noche en color marfil. Se presenta con un maquillaje muy cuidado que no pretende ser exagerado. Su pelo largo de color castaño lo lleva recogido en un chongo, lo que la hace verse aún más alta. Desde donde estoy calculo que debe medir 1.80 metros de estatura, aparte de los tacones que usa. Así como su atuendo, su actuación está muy cuidada, dando una imagen muy natural a su presentación. Una vez concluida la primera canción se retira al camerino para cambiar su vestuario por otro de estilo similar y que da a la actuación una variedad que agrada a la concurrencia.

Aplausos para la cantante que se despide y para el siguiente que es "Alejandro Fernández". Como la anterior, éste lleva un atuendo muy bien elaborado. Un traje de charro en color negro con aplicaciones y bordados plateados haciendo juego con su sombrero. En esta ocasión, mientras presenta las melodías de moda, avanza entre las mesas deteniéndose de cuando en cuando en su recorrido, saludando al público e invitándolo a que lo acompañe con las palmas en la canción.

Le sigue "Dulce" quien recibe chiflidos de aprobación y aplausos, ésta y Daniela Romo, que es la siguiente, gustan mucho a los espectadores, por lo que además de fuertes aplausos les piden que interpreten una canción más de las programadas en su presentación.

En todos los intérpretes destaca no sólo un gran esmero en las pelucas, vestuario y maquillaje; su apariencia también se nota vigilada, por lo que ellas pueden lucir vestidos entallados sin que se les vea exceso de grasa o "pancita". En general el espectáculo resulta muy agradable, por lo que al final reciben una ovación.

Podríamos decir que este show se encuentra en un punto intermedio entre lo que sería el que se presenta en el Butterfly, en el que se hace alarde de un vestuario sumamente elaborado y llamativo complementado con grandes tocados adornados con plumas de avestruz y, en el otro extremo, aquellos shows que se presentaban hace años, que realmente resultaban patéticos por lo grotesco de los maquillajes y atuendos y porque lo importante no era presentar un espectáculo musical sino más bien cómico.

Es menester resaltar que quienes asisten a este lugar los entusiasma verdaderamente el espectáculo, lo disfrutan y aplauden. Existe un gusto muy especial por ver representada en el escenario la transgresión que rompe totalmente con la imagen estereotipada de lo masculino. Se establece un punto en el que el sexo biológico pasa a un segundo término y lo que importa es cómo se presenta la persona ante los demás, en un juego en el que todos participan haciendo un reconocimiento de la manera en que el artista recrea sus personajes. ¿Qué puede representar, entonces, el travestí

en un ámbito gay? Cómo conclusión preliminar podríamos decir que representa la subversión que, como el joteo, es una expresión lúdica que no tiene más intención que recrear la transgresión que en sociedades heterosexistas, representa lo gay. Asimismo, esto produce también un punto de distinción con otros sitios gays en los que se presentan espectáculos *streepers*, en los que el elemento sexual es evidentemente lo principal.

Una vez concluido el show que dura aproximadamente 40 minutos se reanuda la música, esta vez los ritmos son diferentes. Selena y algunos grupos tropicales que tocan salsa, vallenato, cumbia, hacen que se reanime el público y les inyectan nuevas energías.

A esta hora es imposible ya saber quiénes llegan y quiénes se van. La gente va y viene por el lugar. Pasan a la pista de baile, van al baño, se acercan a alguien queriendo entablar una conversación. Yo a mi vez, también transito por el lugar. Veo que la gente se acomoda en cualquier sitio para tomar tranquilamente una cerveza, para intentar ligar a alguien que está en una mesa o simplemente para poder ver mejor a la gente que va y viene.

El final se acerca ya...

Son las 3:00 de la mañana, algunas personas empiezan a retirarse, otras se encuentran en lo más divertido de la noche. Alguien dice que es la hora *de la revatinga*, la hora de conocer a alguien para seguirla en otra parte, la hora de llevarse a la pareja a un lugar más íntimo, la hora de que, como dice el dicho, se rompe una taza y cada quien se va para su casa, aunque quizás aquí podríamos decir que cada quien se va para su caza.

Por la música que se escucha a esta hora y por el volumen de las voces pareciera que el lugar está en lo más animado de la noche y sin embargo hay menos gente. Decido también que es hora de irme. Doy el último trago a mi cuarta cerveza de la noche y me preparo física y psicológicamente para cambiar de ambiente. Llamo al mesero para que me cobre y recibo la cuenta haciendo mentalmente la suma de lo consumido. Después de darle su propina, dejo tras de mí al mesero y a una noche que llenó mi mente de imágenes y de sonidos.

Salgo a la calle e inmediatamente el valet parking se ofrece a ir por mi auto. ¡Lástima!, no tengo auto. No importa, hay varios taxis esperando pasaje. Escojo no subirme a uno, camino hacia Insurgentes y veo que la noche urbana sigue casi tan despierta como cuando la deje al entrar a El Ansia. Me dirijo hacia Río Mixcoac y mientras tanto voy haciendo un rápido repaso mental de todo lo visto y oído. De repente me acuerdo de un artículo de John Boswell donde afirma que él prefería

usar el término gay al de homosexual, pues éste hace pensar que la característica principal es su sexualidad, mientras que el término gay permite que cada quien saque sus conclusiones acerca de la importancia relativa del amor, el afecto, el romanticismo, etcétera. Estoy de acuerdo, pues he podido ver muchas más facetas esta noche acerca de los mismos sujetos que he visto miles de veces a lo largo de mi vida.

La vida gay en la Ciudad de México, como muchas cosas en este país, ha tenido una rápida transformación en la segunda mitad del siglo XX, en parte debido a la propia actitud de los individuos gays con respecto a sí mismos y a la sociedad, lo cual se refleja en una serie de actos de protesta y de demandas que han llevado a un cambio tanto de actitud como de la manera en que ellos se relacionan con el resto de la sociedad.

Obviamente este tránsito no ha sido fácil ni armonioso. Inclusive entre la misma gente gay, acostumbrarse a esta nueva correlación de fuerzas ha sido complicado. Esto ha repercutido en la transformación de los sitios de diversión que existen en la Ciudad de México para la gente gay.

En primer lugar, dada la proliferación de espacios, éstos han tenido que invertir en mejoras y comodidades para los parroquianos y así poder mantener una clientela cuyo potencial económico es relativamente alto, lo cual se ha traducido también en una mayor seguridad en el interior de estos lugares y en la incorporación constante de nuevas formas de diversión y entretenimiento.

Por otra parte, cuestiones como la prostitución, que solían ligarse de manera casi automática a sectores homosexuales, si bien no han desaparecido, sí se han transformado, debido a que los sujetos gay ya no requieren recurrir a estas formas de encuentro sexual con otros varones, pues cada vez hay mayor posibilidad de acceso a la socialidad con otros gays que pueden llevar a un encuentro sexual o a una relación más duradera, donde ya no es necesario exponerse a posibles robos, chantajes o extorsiones.

Además, toda esta apertura ha significado una mayor aceptación de la gente gay en otros sitios donde no era admitida, gracias precisamente al reconocimiento de que éste es un sector de la población que tiene un nivel económico mayor que el de sus similares heterosexuales, siendo por lo tanto "buenos clientes".

En este sentido, El Ansia representa un lugar en el que las formas de interacción que se establecen se dan

entre grupos de amigos, de conocidos, parejas y, en ocasiones, entre individuos solos. Es un espacio en el que existe una gran facilidad de convivencia dentro de esos grupos, pero también para el ligue y el cortejo. Es además un sitio que pretende recibir a gente *bien*, de ahí todo el concepto del lugar.

Así, la oferta de sitios de diversión nocturna gay en la Ciudad de México se ha diversificado ampliamente, generándose espacios en los más diversos estilos para satisfacer esa amplia demanda que, además, tiene el poder económico para acceder a ella.

Bibliografía

- AUGÉ, MARC
1993 *Los "no lugares" Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo (Los Noventa), México.
1995 *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR, COORD.
1993 *El consumo cultural en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Pensar la cultura), México.
- GOFFMAN, ERVING
1981 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu Ediciones, Buenos Aires.
- HALL, EDWARD
1990 *El lenguaje silencioso*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Los Noventa), México.
1994 *La dimensión oculta*, Siglo XXI, México.
- KNAPP, MARK
1995 *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, Paidós Comunicación, México.
- LIST REYES, MAURICIO
2000 *Jóvenes corazones gay. Género, identidad y socialidad en hombres gay de la ciudad de México*, Tesis de Maestría en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- LIZÁRRAGA, XAVIER
1981 "Las vicisitudes de ser hombre", en *Fem*, vol. 1, núm. 18.
- MAFFESOLI, MICHEL
1990 *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Icaria, Barcelona.
- SER GAY
1997 *Ser Gay. El magazine nacional gay*, núm. 52, 15 al 31 de enero.